



EL ECO DE CARTAGENA

N.º XXXIV

DECANO DE LA PENSÉE LOCAL

N.º 9653

PREMIOS DE SUSCRIPCIÓN:

En la Península.—Un mes, 2 pes.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11.25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 6.º de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: MADRID, MAYOR 21

MIÉRCOLES 11 DE ENERO DE 1884.

CONDICIONES:

El precio será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lortet, rue Camartin, 61, y J. Jones, Faubourg Valenciennes, 21.

MUSEO COMERCIAL

EXPOSICIÓN PERMANENTE Y VENTA EN COMISIÓN DE PRODUCTOS INDUSTRIALES

Sección agrícola: Aceces. Azufrado para la vid.—Tapadoras.—Ingrédients.—Bombas.—Norias.—Muebles para jardín.—Jarrones.—Gorros de seda.—Heramienta completa para agricultura.

Minas y M. Químico: Máquinas y accesorios de vapor.—Bombas.—Vasos féreos.—Wagonetas.—Tubos.—Tornillos.—Cables.—Desincrustantes.—Muebles de caudales.—Cisternas.—Cables.—Baterías.—Picos.—Legones.—Etc. etc.

Construcción: Máquinas, pilas, escaleras y demás manufacturas de hierro.—Sofas, sábanas, tubos y accesorios de hierro para aguas y reventos.—Máquinas y demás productos hidráulicos.—Máquina artificial.—Llaves de hueso, eje plana, balanzas, reñetes y jarrones de barro cocido.—Papeles pintados.—Meryóticos, etc., etc.

Mobiliario: Sillas, cómodas.—Mesas.—Comas.—Escritorios.—Estufas.—Cajas de caudales.—Básculas, etc., etc.

PASAJE DE COLESA. PUERTA DE MURCIA

SOLILOQUIOS.

Arrostrado en cómoda butaca, y contemplando con deleite como se desvanecían las espirales de humo que formaba el cigarro puro que momentos antes había encendido, eucomió á Ricardo en el espacioso gabinete de un caso de huéspedes de la casa de Ricardo. A su espalda y sobre el oscuro fondo de la pared, se adivinaba con fuerza la esfera de un reloj prisionero en el punto áureo de ébano. El templado ambiente que le servía de timbre fiel á la intencionalidad de sus pequeños anhelos, dejó oír en aquel momento con pausado golpe, diez campanadas, que hicieron salir de su abstracción á Ricardo.

La vida que había emprendido desde que salió de su pequeño y pintoresco pueblo, ó más preocupado y aquella noche, ni quiso asistir á la tertulia del café, ni acompañar al teatro y sus compañeros de clase; pues estaba monabdo por la ruidosa batalla que libraba su conciencia y que le hacía protruir en exclamaciones á cortos intervalos y pronunciar frases que quedaban incompletas. Recordaba con como sus defectos y debilidades que vive y los consejos que sus padres le dieron antes de su partida; recordaba también la promesa que hizo de cumplirlos fielmente, pero no había pasado de promesa, pues lejos de secundar el deseo que tenían los que se sacrificaban por verlo hecho hombre, para que después les ayudase en su vejez, en vez de dedicarse con fé al estudio y terminar la carrera á que se había dedicado, la vida que observaba en Madrid era muy distinta, pues las diversiones y los vicios que habían echado hondas raíces en Ricardo, eran causa de que ni estudiase, ni hiciese nada de provecho, pero al cambio, hacia que incrementara la fortuna de sus ancianos padres gastando lo que ni aun pueden gestionar los favorecidos por la suerte.

No había reflexionado nunca respecto á su presente y mucho menos sobre su porvenir, con la vida de príncipe que se daba, pero aquella noche había cambiado, y un vago presentimiento le retentaba en la casa para mortificarle y ponerle de manifiesto sin doblez alguna su depravada conducta. Sus reflexiones habían alterado su ánimo y su calenturiento cerebro parecía complacerse en atormentarse, arrojando con verdiginosa precisión multitud de ideas que le horrorizaban; contribuyendo también á que su ima-

ginal se proyectase en las sombras de sus acciones. Los ojos y las manos pequeños hermanos, toros oscuros y ostentados por el hambre á que los había reducido su prodigalidad, desfilando ante él para maldecirle y para que su presencia le causase los espasmos del error.

—No tengo valor para quejarlo —exclamó Ricardo después de un gran pausa.

¿Qué qué más le servía? ¿Qué más le servía que en los besos y lágrimas meció al cuadro, mientras postrados los labios y se presentaba el cerebro la noche de su partida?

—De la vida —dijo Ricardo, y creyendo de él, fijo en el gran cuadro como al haberle llamado, me dijo: ¿me fijas y hace que no siento nada? ¿Cada acción obra como un átomo?

Pensar en un remedio enérgico, para cambiar de vida, es pensar en lo imposible, porque ya está de hecho. Aunque dice la Biblia que en grandes males grandes remedios, no pienso en ellos porque serían inútiles.

Al correr de los días, lo que nunca á la familia, y yo estaba de eso, he pensado con toda la calma y siempre he creído que por el lado de mi padre, era mejor á suplicar por él, pero hoy... soy supersticioso y si modo de ver las cosas me atormenta y aconada...

El talento y la superstición son incompatibles. Digo yo, pero eso mal, y por consiguiente obra mal también... pero si pienso eternamente (como parece) ¿por qué soy supersticioso? ¿Nada! ¿Es eso lo que tengo que confesar? No sé si saco un simple en estas filosofías, el calentamiento de cabeza y que me dé más ganas de irme ya, no sé sabido sin inspirar ó aminorar...

—Vine á Madrid para ser un hombre de provecho y al emprender el viaje me recomendando por mis padres este encargo con un bautismo de lágrimas...

¿Fué cumplido el misión aunque

estaba tan bien recomendada? ...

Media y falta había dado el minuto; la pequeña esfera del reloj, que había contribuido á que Ricardo se entregase á estas reflexiones, cuando ponía término á ellas con un profundo y agitado sueño.

La misma escena en momentos antes le había presentado su conciencia, volvió á repetirse obrando como agente su fantasma; pero una ola de espanto, que se elevó delante de sus padres y los nombres maldecidos, hizo un instante para huir y alejar de su presencia cuadro tan fatídico.

Aquel esfuerzo le despertó y le hizo exclamar: ¡qué sueño tan horrible!

Juan Melo.

(Prohibida la reproducción.)

TIJERETAZOS

El Globo de ayer viene un tantico más esto.

El colega afirma que en la cuestión de Melilla ha estado siempre al lado del gobierno y del general en jefe y nunca ha hecho caso á los impacientes.

Pero le ha sabido á cuento quomado que el general Martínez Campos le haya regalado su retrato con la leyenda de Melilla al príncipe Malay Arafat.

La verdad es que eso cuadra mal con los ultimátums.

Aunque tal vez lo haya hecho condicionalmente, como aceptó el caballo que le regaló el sultán de Marruecos.

Y si se rompen las hostilidades habrá devolucion de imágenes.

Exacramente como sucede en los galanteos.

Vaya un alboroto que han armado los proteccionistas franceses y los proteccionistas españoles, por el modus vivendi.

Los unos no quieren que entren en Francia vinos españoles.

Los otros se oponen á que entren en España productos franceses.

Y unos y otros quieren hacer víctima de sus egoísmos, á los que no son proteccionistas.

¡Señores! y los principios de igualdad, de justicia, y, sobre todo, de caridad?

La Epoca cree que el sultán de Marruecos no recibirá á la embajada extraordinaria.

Es el colmo del pesimismo.

Y de la exageración.

Diseguro que La Epoca no cree lo que dice.

Ni los que le leen tampoco.

Pero hay que hacer la oposición... y por eso se dicen ciertas cosas.

El Sr. Sagasta está ya en disposición de hacer pino.

Que sea enhorabuena.

¡Ah! Y cuidado con volver á subir á las alturas del Hipódromo.

En tales sitios no se recogen más que fracturas de piernas.

Y para nuestra basta un botón.

Para posición bonita la que ocupa dentro del ayuntamiento de Vitoria el alcalde del mismo.

El es carlista y la mayoría de los concejales rinden acatamiento á Carlos Séptimo.

Vino es eso lo peor, sino que en la elección de concejales de alcalde, han resultado todos carlistas.

De modo que el alcalde de Vitoria no puede pedir licencia, ni ponerse malo, ni ir de gira.

Porque en absentándose de la alcaldía media hora, impera el carlismo.

¡Bonita situación la del alcalde de Vitoria!

Aquella presteza con que iba á salir para Marruecos la embajada extraordinaria y aquella prisa y aquel medir el tiempo para que viniere justo, se ha convertido en nada.

La embajada saldrá cuando Dios quiera.

Digo: no, cuando quiera el sultán.

Porque hasta que este no diga que todo está dispuesto, no se mueve de Melilla el general Martínez Campos.

Y como el Sultán no piensa de que le pidan cuartos ¡Dios sabe cuando saldrá de Melilla la embajada extraordinaria!

No se tiene hasta ahora noticia de que se hayan vuelto á tirar los tinteros á la cabeza los concejales del ayuntamiento de Málaga.

EL ÚLTIMO MOHICANO. 95

Dimean, esos bárbaros asesinatos, esas espantosas escenas de tormento de que hemos oído hablar tantas veces, y de las que hemos leído tan horribles relaciones, no habrán sucedido nunca en presencia de semejantes seres.

—Es ciertamente un raro ejemplo de las propiedades que este pueblo poseé, respondió el mayor; y creo como vos que esa frente y esos ojos han sido hechos para intimidar á enemigos, mas bien que para engañar víctimas. Pero no nos engañemos nosotros mismos, esperando de esta gente otras virtudes que aquellas que están al alcance de salvajes. Los brillantes ejemplos de grandes cualidades son muy raras entre cristianos; como por tanto habían de ser frecuentes entre indios? Confíemos sin embargo para honra de la naturaleza humana, que se puede también hallar en ellos, que ese joven Mohicano no engañará nuestros presentimientos, y que será para nosotros todo lo que su aspecto anuncia; un amigo valiente y fiel.

—Eso es hablar como debe hacerlo el mayor Heyward, dijo Cora. Al ver á ese hijo de la naturaleza, ¿quien puede acordarse del color de su piel?

Un silencio de algunos momentos, en el que parecía notarse cierto embarazo, siguió á esta singular observación. Fue interrumpido por la voz del cazador, quien decía á los viajeros que entraron en la caverna.

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA.

presión de orgullo é intrepidez, templada por cierta dulzura. Sus facciones eran bien formadas, y tenían el color rojo de su raza; su boca parecía, su pelo era despejado, y su noble cabeza no presentaba á la vista mas que ese reflejo de caballos que los cazadores conservan por veteranía, y como para desafiar á sus enemigos á que se lo arranquen.

Era la primera vez que Duncan, Heyward y sus compañeros tenían ocasión de examinar las facciones de uno de los dos hijos que tan apropiado habían encontrado, y se sintieron aliviados del peso abrumador de su inquietud, al ver la expresión arrogante y determinada, pero franca y abierta, de la fisonomía del joven Mohicano. Comprendieron que podían tener ante sus ojos un ser sumido en las tinieblas de la ignorancia, pero no un pálido lleno de ardides, y consagrado voluntariamente á la traición.

La ingenua Alicia le miraba con la misma admiración que hubiera concedido á una estatua griega ó romana, que un milagro hubiera vuelto á la vida; y Heyward aunque acostumbrado á ver la perfección de formas que se nota con frecuencia entre los salvajes á quienes la corrupción no ha contaminado aun expresó abiertamente su satisfacción.

—Creo, le contestó Alicia, que dormiré tranquilamente guardada por un centinela tan generoso y tan intrépido como parece serlo ese joven. Seguramente.

EL ÚLTIMO MOHICANO.

tan unido á los animales que le pertenecen. Pero, puesto que crees en la predestinación, dirá que lo que ha sucedido tenía que suceder, y con ese consuelo reconoce á que era justo que la vida á una criatura moribunda, para salvar la de otros muchos de razón. Por otra parte lo que decían de los lobos puede ser verdad, y es una razón más para no perder pedazos el gamo inmediatamente, y arrojar los cuernos al río, porque sino tendremos una manada de esos alullando en los pedregales, como para reportar las cada bocado que nos traguemos; y aunque a lengua de los Delawares sea como un libro cerrado para los europeos, los astutos bribones tienen bastante ingenio para comprender la razón que hace ahuyantar á un lobo.

Al mismo tiempo que hacia estas observaciones, el cazador preparaba todo lo necesario para descuartizar el gamo. Al concluir de ello dejó á los viajeros, y se alejó acompañado de los dos Mohicanos que parecían comprender todas sus intenciones sin que tuviera necesidad de explicárselas. Los tres desaparecieron sucesivamente, pareciendo desvanecerse delante de la superficie de una roca negra, que se levantaba á algunas toesas de la orilla.

91